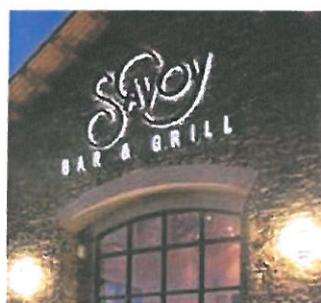
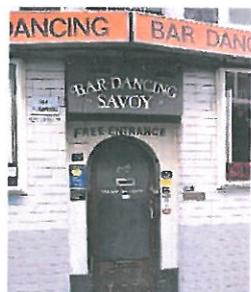
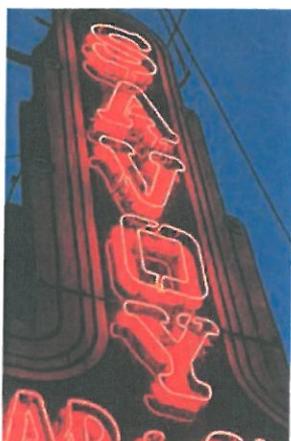


LA RAZÓN & más

Gente del sábado ⁶⁶⁻⁶⁷

No sólo mostró su compromiso luciendo las pulseras de ARHOE, fue la propia Reina la que sugirió a la asociación que las crease



La vuelta al mundo en el *Savoy*

Venecia o Londres tienen el suyo. Nueva York, la ciudad que no conoció Alvite, también. Un nombre emblemático y legendario donde el escritor dejó correr el humo de su tinta



Cultura

Alvite pregunta. Y él mismo responde. Quizá en el Savoy. Políticos, actrices y actores, pintores, modistos. Jesucristo, también.

Entrevistas

Duke Ellington

«El jazz es música de paso hecha por dioses vagabundos»

—Luz, sexo, sueños, jazz y los matones de Owney Madden...

—¡Owney Madden! Era un mafioso, pero el Cotton Club fue una catedral a sus órdenes. Había frescura, ¿OK? Te sentías libre actuando para aquella secta de blancos llenos de dinero, lencería y mentira. Aquello era un club selecto en la compleja oscuridad de Harlem, pero te sentías tan a la intemperie, tan creativo, tan libre, muchacho, como si estuvieses tocando para un puñado de comensales acomodados en un callejón.

—Pero tú procedías de la acomodada bur-

guesía negra de Washington.

—Económica y socialmente yo era un blanco de raza negra, eso es cierto. Pero no es menos cierto que la sangre de los tipos como yo nunca tiene dinero. La sangre de un negro siempre tiene la piel negra. La sangre del negro es una sangre trashumante, sangre como de paso, sangre clandestina. En ese sentido siempre tuve la magnífica espontaneidad del negro pobre. El jazz es música de paso hecha por dioses vagabundos que llevan hecho un nudo en al garganta con el nombre remoto de su madre, el humo del tabaco y el aliento del saxo.

Jesucristo

«El pueblo llano quiere un Dios con las mañas de un bedel»

—Verá Usted...

—De tú por favor... de tú.

—Verás... muchos creyentes tienen la sensación de que aquel cristianismo lleno de inocente escasez se quedó en nada...

—Yo mismo soy de esa opinión. El fallo fue jerarquizar la Iglesia. El pueblo llano quiere un Dios sencillo, un Dios con las mañas de un bedel, aquel Dios a granel de cuando éramos trece sindicalistas cruzando el lago Tiberiades en una patera.

—¿Ya ni siquiera hay apariciones!

—Hay televisión. A veces pienso que si Leonardo repitiese su cuadro de «La última cena», en mitad

de la mesa se vería el micrófono de la Cope.

—¿No es triste ese Dios coaxial, ese Dios por cable, el Dios multinacional que vuela en Alitalia?

—Es descorazonador. Me siento frustrado. Decías que no hay apariciones. ¡Si es que no surtirían efecto! Hace unos días se me ocurrió aparecerme en un salón de baile. Una joven me pidió mi firma en un papel. ¿Y sabes qué hizo la desdichada?

—¿Qué hizo?

—Saltó corriendo hacia un corro de amigas, gritando: «¡Tengo un autógrafo de Demis Roussos!».

Scott Fitzgerald

«Alguien puede pensar que mis obras tendrían que venderlas embotelladas»

—¿Utilizaste a Gatsby para distanciarte emocionalmente de aquella gente?

—Gatsby fue mi coartada literaria para regenerarme. Gatsby organiza fiestas para toda aquella gentuza pero él no participa del glamour ni de la frivolidad. Y así me sentí yo durante el resto de mi vida. Llegué a sentirme tan aislado como Gatsby, que permanecía observándolo todo desde lejos, inaccesible, en apariencia incólume y limpio, tan alejado de aquella maldita sociedad como si hubiese colocado el portal de su mansión en un segundo piso.

—Marchaste a Europa, regresaste a América... recalaste en Hollywood...

—Un fracaso tras otro. «Suave es la noche» acabó de hundirme emocionalmente y el siguiente golpe de Joseph L. Manckiewicz destrozando un guión mío. Fue como si me hubiesen dado con un martillo encima de las anestesia. Es cierto: acabé desolado y apesando a alcohol. Con razón alguien puede pensar que mis obras tendrían que venderlas embotelladas.

—¿No hay vida interior en esa clase de gente, Francis?

—Se lo pregunté a una de aquellas putitas. Ella me miró sorprendida y dijo: «¿Vida interior? No estoy preñada, si te refieres a eso...».



Adolf Hitler



Duke Ellington



Scott Fitzgerald

Cary Grant

«A los tipos como yo la prenda que mejor les sienta es la escalera de un barco»

—¿Cómo se te entregan las mujeres, Cary, amigo mío! Eras un soplete con la llama gris marengo...

—Porque tuve mucha clase, es cierto.

—¿Y qué es tener clase, muchacho?

—La clase es que a los 60 años una mujer tenga la sensación de que las arrugas de tu rostro son las rayas que le sobran a tu pijama...

—Es que te sentaba bien la ropa, Cary...

—No era sólo eso. A los tipos como yo la prenda que mejor les sienta es la escalera de un barco, el asiento de un avión y la música de Mancini. No quiero parecer pedante pero en una ocasión una conquista me dijo: «Cary, encanto, cuando te tuve cerca me sentí como si fuera a estrellarme contra el cielo».

imaginarias

A todos ellos supo sacar en «Charlas de nunca» (Ézaro) una conversación trufada de metáforas que llevan su sello



Humphrey Bogart

Cary Grant

Hitler
«Mi auténtico sueño era ser profesor de gimnasia del III Reich»

–Dicen que su sueño era coronarse emperador de Europa vestido con leotardos en París.
 –Eso dicen mis detractores. Lo cierto es que mi auténtico sueño era ser profesor de gimnasia del III Reich.
 –¿A quién hay que culpar de la mala imagen del Holocausto?
 –Les dije a las SS que había que contener demográficamente a los judíos. Eso fue todo. A los responsables se les fue la mano. Birkenau, Dachau, Mathausen, Tyblinka... eran una red de paradores..., pero a Himmler seis millones de judíos se le pasaron de horno...
 –¿Es cierto que Franco le paró los pies en

Hendaya?
 –¿Bromea usted? Franco era una figura menor que gastaba la misma talla de faja que doña Concha Piquer. Yo trabajaba para la Historia; Paco trabajaba para el No-Do.
 –Se sintió parcialmente oscurecido por Mussolini?
 –Por favor. No puede hacerle sombra un tipo que da la sensación de haberse comido las mandíbulas de Bob Hope. Mi fiel Goebbels tenía razón. Me dijo: «No se preocupe, mein Führer, su austera efigie de César no podrá ser jamás oscurecida por un tipo con el pecho de Mae West».

Humphrey Bogart
«Mi idea del nudismo es salir a escena sin un revólver en la mano»

–Creo que detestas la manga corta.
 –OK. ¿Has visto alguna vez un Papa con manga corta? Hice algunas concesiones por dinero pero un tipo como yo la única manga corta que pude soportar es un descapotable.
 –¿Cómo debe ser un beso, Boggie?
 –No soy el catecismo, muchacho. Sé cómo son mis besos, eso es todo.
 –¿Y cómo son?
 –Las mujeres dicen que después de besarse conmigo tiene la sensación de que deberían correr al retrete para escupir el hueso.
 –Alguien me dijo que te habías prohibido a ti mismo besar a Joan Crawford.
 –Es que en los labios de Joan siempre me

pareció que se escondía el bajo vientre de Burt Lancaster. Le dije: «Nena, aceptaré un beso tuyo cuando decida dispararme en la boca».
 –¿Y Grace Kelly?
 –Nunca hubo nada entre nosotros. No sabría cómo afrontarlo. Supongo que con una mujer así sería como besarse de usted.
 –¿Qué es el cine negro?
 –Una gabardina, un periódico y pan para las palomas.
 –¿Saldría desnudo en el cine por dinero?
 –Yo soy de los que se visten por dinero, muchacho. Mi idea del nudismo es salir a escena sin un revólver en la mano y una frase demasado corta en los labios.



Christian Dior

Christian Dior
«Ahora las mujeres sólo visten para meterse en la cama»

–La moda consiste ahora en desnudar mujeres sin que parezca prostitución...
 –¡Exacto! Encubren con la apariencia de Arte lo que no es más que una actividad de serrallo. Las pasarelas se llenan de carne, de chacinería... Ahora las modelos se enseñan como ganado, los creadores se limitan a prestar su firma como coartada. Ahora las mujeres sólo visten para meterse en la cama.
 –¡Qué elegancia la de Callas!

–Era una elegancia con contenido, una distinción con clase, algo con hondura. María Callas tenía el elegante desequilibrio de una mente opresiva en un cuerpo castigado por las dietas y por las interminables funciones en la Scala y en el Metropolitan, pero era belleza como un Tiziano en llamas. ¡Bellísima Callas! Tenía aquella sublime elegancia al detalle, algo que ya no existe. Ahora las mujeres se ofrecen igual que se ofrece una degustación de patés. Son comida.



Maria Callas

Maria Callas
«Soy de esas mujeres que sudan si se entusiasman»

–Se dice que Onassis te dejó por insoportable.
 –Y por Jackie Kennedy, claro, aquella viuda cuyo pecho tenía el mismo erotismo que el de Clifton Webb.
 –¿Celos?
 –Jamás. Aristóteles Onassis buscaba alguien que en la cama le garantizase posturas.
 –Dime María, ¿por qué nunca logramos verte verdaderamente feliz?
 –Fui feliz a mi manera, feliz hacia dentro, ya sabes, esa clase de felicidad que en tu rostro produce el mismo efecto que los gases de la digestión. Nadie es feliz mucho tiempo seguido. Lo que ocurre es que la gente se fija en tu rostro y juzga. Se equivocan. Lo que ocurre es que mucha gente con-

funde la felicidad con las cosquillas.
 –Te llamaron egoísta por retirarte en brazos del naviero.
 –Estaba cansada, necesitaba mar y millas. Nunca tenté la chequera de nadie. Mi voz apestaba a dinero. A veces llegué a pensar que los hombres no me deseaban como mujer sino como botín.
 –No habrías sido muy efusiva en la intimidad. detestabas el deporte...
 –Con esto acabamos, Al. Nunca fui efusiva. Soy de esas mujeres que sudan si se entusiasman. Y yo detesto el sudor. ¿Deporte? Bueno, con franqueza, mi idea de deporte fueron un par de reverencias admirándome en el espejo.

Cultura

Liberalismo, Savoy, mujeres



Carlos Rodríguez Braun

Los temas que siempre me fascinaron del gran José Luis Alvite son las mujeres y el Savoy, claro, pero sobre todo su suerte de respetuoso anarquismo, que viene a ser como el liberalismo pero sin bromas ni aspavientos. Sólo un liberal en serio es capaz de recibir la noticia de que padece dos cánceres y escribir como Alvite a Carlos Herrera en su carta de despedida: «Es una de esas veces en que la peor noticia no me la ha dado Hacienda».

El Savoy me gusta también porque, como le sucede a la sociedad, tiene a menudo la apariencia de anomia, pero eso es sólo porque no estamos prestando atención. En nuestra fatal arrogancia, concebimos la sociedad como algo fácilmente comprensible y manejable. De ahí que aceptemos e incluso reclamemos que, en aras de

«Creo que entendía a las mujeres bien, al revés que muchos hombres»

objetivos plausibles de carácter colectivo, el poder recorte los derechos y libertades de los ciudadanos, por su bien. Ésa es la historia de la política contemporánea, que ha llegado a increíbles cotas de intrusión en

la vida de las personas, es decir, exactamente lo contrario de lo que pasa en el Savoy de Alvite, pero no porque allí no haya reglas, sino porque las van reconociendo y estableciendo, como debe ser, las personas en sus tratos y contratos (más o menos) voluntarios. Por eso me gusta –bueno, y también porque José Luis era gallego, parte de mis antepasados también lo son, y el segundo Hotel Savoy, después del de Londres, se abrió en mi Buenos Aires querido, ciudad española y gallega donde las haya–. Y, por fin, las mujeres, o sea, el principio. Si los personajes de Alvite tienen algo de triste y misterioso que los torna clamorosamente humanos, su mirada hacia las mujeres lo subraya aún más, y creo que las entendía bien porque, al revés que muchos hombres, procuraba hacerlo con la modestia del que sabe que nunca las entenderá, ni a ellas ni a nada, del todo. Lo encontré hace un par de años en su Santiago de Compostela, adonde habíamos ido parte del equipo a hacer el programa de Herrera. Me presentó a una mujer encantadora, y me advirtió: «Carlos, no me quites a mi novia». Le dije la verdad: «No voy a poder: eres demasiado atractivo».



Xosha A. Soler/La Voz de Galicia SA

SUCIEDAD Y VERDAD.

Una buena metáfora: escribir en papel higiénico. El universo creado por Alvite en sus columnas era el de seres que viven en barras de bar, que no dan la espalda a la mugre y la ceniza, que han descubierto que la vida es a veces una verdad sucia pero que eso es mejor que una mentira limpia.

El talento (casi) negado



César Vidal

Conocí a José Luis Alvite cuando los dos éramos colaboradores del difunto «Diario 16». Me dedicaba yo al análisis internacional y a los artículos de Historia y Alvite... bueno, Alvite escribía como nadie. En una columna, podía dar forma a relatos que parecían arrancados de la Underwood de Raymond Chandler o de Dashiell Hammet, pero, a diferencia de ellos, sin estar situados en California o Nueva York. Su prosa, que parecía cincelada a golpes de dominio del lenguaje, me llamó la atención inmediatamente. Superaba a Umbral en el continente y el contenido y no tenía nada que envidiar a Campmany. No exagero si digo que tenía más sustancia literaria en muchos de sus artículos que la mayoría de la narrativa española publicada en los

últimos cuarenta años. Profundamente sorprendido, acabé preguntando por aquel personaje tan poco habitual. La persona que me informó en el periódico compartía mi admiración y, casi en voz baja, me contó que trabajaba en un banco. Intenté convencerme de que semejante labor no era tan mala siquiera porque mi padre lo había hecho toda la vida y porque incluso José Luis Garcí se dedicó a ese menester antes de ganar el Oscar, pero no pude evitar que una medusa de frío pesar se me pegara al pecho. Alvite poseía una maestría notable y ahí seguía amarrado al duro banco no de una galera turquesca sino de la caja de una institución financiera. En cierta ocasión coincidimos en una reunión de columnistas y le expresé la extraordinaria impresión que me había causado. Me miró sorprendido, como si no terminara de

entender por qué lo elogiaba. Seguramente, no le faltaba razón porque una de las características –bien tristes, ya lo sé– de España es la manera en que maltrata a aquellos que, verdaderamente, se merecen un reconocimiento público. Puede arrodillarse aduladoramente ante una polígonera que sigue sin saber hablar a pesar de las horas de vuelo en televisión,

«En su necrológica no figurarán grandes premios literarios»

pero tiene enormes dificultades para reconocer la valía de gente como Alvite. En su necrológica no figurarán grandes premios literarios y se podrá comprobar que libros extraordinarios como «Historias del Savoy» o «Almas del nueve largo» aparecieron en una editorial modesta. Gracias a LA RAZÓN –cuyo elenco de columnistas es, en conjunto, el

mejor de la Prensa española– sus escritos pudieron ser leídos durante los últimos años. Este periódico puede enorgullecerse de haber sido el lugar donde se reconoció un talento que (casi) fue pasado por alto por los que nunca debieron hacerlo.

ALVITE, HOMENAJE ENTRE COLUMNAS

Tributo de un suplente



Lucas Haurie

Llevábamos dos años alimentando la esperanza de que el diagnóstico que sacó a José Luis Alvite de nuestra contraportada fuera otra de esas ficciones que él situaba en el Savoy y que mezclaba con episodios más o menos apócrifos de su biografía. Pero el cáncer era cierto, por desgracia, y el maestro ha muerto dejando mil artículos pendientes, al margen de los que jamás entregó. Además de admirarlo, a lo más que llegué fue a estrecharle la mano una vez; bueno, y también a sustituirlo en un par de ocasiones en las que se había comprometido a escribir pero se arrepintió al final o tal vez se olvidó; imagino que la sensación del lector fue de indignada estupefacción, como quien espera un aria de la Callas y se encuentra con Lady Gaga dando berridos. La superioridad me encargó hace poco el obituario de Huracán Carter e inspirado, pretendidamente, en sus «Almas del nueve largo», salió un churro que habría merecido la imprecación de Sonny Sullivan, su álter ego pugilístico: «Sabes, muchacho», me pareció escuchar la voz del boxeador filósofo de barra de bar, «entregas los trabajos con la puntual disciplina del soldado, pero juntas letras

«No necesito en cuarenta años escribir una sola línea de política»

con la caótica falta de talento del cabo chusquero». Tan bueno fue Alvite, el hombre que derramaba metáforas en el folio como el grifo abierto echa agua, que no necesitó en cuarenta años escribir una sola línea de política. Por aquello del paisanaje, hoy es comparado con Julio Camba porque su prosa, sí, podía ser desternillante; pero su estilo quizá se asemejase sobre todo al de Cunqueiro, con ese humor más grisáceo que negro y sin faltar un toquecito rural. Bohemio y libérrimo, amante

autoproclamado de beber más de lo aconsejable y de pernoctar en burdeles, frisó la condición de apestado que sólo eludió por el empeño de este periódico y de

Carlos Herrera por sacarlo de la molicie. En la fonoteca de Onda Cero quedaron las piezas que leía cada viernes, cuando se acordaba, con su voz profunda y cansada. Sin ánimo de caer en el autobombo, es obligatorio consignar que Alvite se hubiese muerto de asco – literalmente – en este mundillo, rácano e ingrato hasta decir basta, si este grupo no lo hubiese rescatado del fondo del agujero. Refiriéndose a nada en concreto, retrataba la vida misma y sin haber ido jamás a Nueva York, pintó sus bajos fondos mejor que el tuerto Andrew Vachss. Descanse usted en paz, genio.

Qué gilipollas

Cristina López Schlichting



Dicen que el periodista no debe escribir de sí mismo y por la redacción circulaba un chiste sobre Julián Marías, que siempre encabezaba con el pronombre «yo», pero es mentira. Cuando el periodista es muy bueno acaba remansándose en columnas que sólo hablan de sí mismo, porque lo que importa es justo cómo ve y vive ese hombre o esa mujer que escriben extraordinariamente. Podríamos hablar de literatura, pero no es verdad del todo porque los grandes columnistas son sobre todo periodistas. A veces ni siquiera saben escribir buenas novelas. José Luis Alvite ha escrito una sola larga columna sobre su vida de antihéroe y gallego áspero y sentimental, siempre cansado y casi siempre nictálope. Un tipo que parecía no hacer nunca nada hacía de cada artículo una historia de la que no conseguías bajarte hasta el punto final. Resumía que «como nunca he conseguido grandes objetivos, tampoco he cosechado grandes decepciones». Otra mentira, porque la suya es la historia de la vieja pasión: «Me volqué en este bendito oficio hasta olvidarme de los míos y buscar en la calle el afecto de los perros.

Por mi manera de entregarme al periodismo jodí mi matrimonio y aún ahora la hija que tuve entonces me mira con curiosidad y siente cierto pudor al abrazarme». ¿Cuántos de nosotros somos alcohólicos por consolarnos de una trinchera, cuántos hemos jodido nuestro matrimonio por los viajes o los cierres a altas horas, cuántos abrazamos amores mercenarios porque cuando salimos ya no queda nada abierto? Esta profesión te come la sangre y te lo da todo. Anson me enseñó: «Perro no come carne de perro» y yo, que pensaba que aquello era sucio corporativismo, he aprendido que no podemos descarnarnos unos a otros porque bastante

«Era feo y pesimista, como Valle, pero todas queríamos ser suyas»

tenemos con lanzar dentelladas contra el poder, el despotismo empresarial, el hambre y el frío. Alvite es un maestro de perros, como Umbral, Campmany, Camba, Larra. Uno de los grandes. Qué títulos: «Mujer a deshora», «Berrea de Jazz», «Amanecer con tren». Qué metáforas: «En una gotera del baño cojeaba el tiempo». Sus frases, llenas de tabaco y alcohol y mujeres, recalaban en la Generación Perdida, en las pelis del Oeste, en los colores de Toulouse-Lautrec. Era feo y pesimista, como Valle, pero todas queríamos ser suyas, para que se nos sentase a fumar y hablar despacio a los pies de la cama. Qué gilipollas. La gente piensa que soy algo así como poderosa y arrasadora y lo que pasa en realidad es que me cago de miedo en una reunión social. Por eso nunca lo saludé en LA RAZÓN. Qué gilipollas. Pude haber estado entre sus líneas maestras.

El humo ciega tus ojos



Javier González Ferrari

No era el humo el que la noche del jueves me hizo llorar. Al menos, no era el humo de mi propio cigarrillo. Era el humo del Savoy, que cerraba sus puertas al desaparecer el único cliente real, de carne y hueso y, sobre todo, sangre. Sangre caliente que bombeaba un corazón enorme hacia un cerebro genial. El cerebro de José Luis Alvite, el último mohicano del columnismo ejercido desde el talento y no desde la mediocridad que viene marcada por la urgencia de ser el más ocurrente analizando tanta estupidez y mezquindad como nos rodea en un mundo que a José Luis no le gustaba y por eso se inventó el suyo propio, desde el que observaba, con más desdén que perplejidad, lo que sucedía puertas afuera del Savoy. Adiós, querido amigo, espero que hayas encontrado el Savoy definitivo en el que pasar toda la eternidad con un buen vaso de whisky mientras el humo ciega tus ojos.

Yo no soy Alvite

Pedro Narváez



Alvite ignoró todas las reglas que nos enseñan sobre cómo debe ser un artículo, por eso es excepcional: mientras los demás nos sentamos a escribir como en un quirófano con ese

ombliguismo periodístico que lleva aparejado un bisturí romo, el maestro lo hacía como en el excusado que es donde los hombres al fin desembocan en lo que son. Alvite es el ejemplo de que las notas al margen son titulares y de que en una galaxia no muy lejana la literatura sin pretensiones tenía futuro. Putas y periodistas, esa entente de otro siglo, la doble P, no tuvo jamás mejor

lecho que en su sintaxis desvariada que, como en el circo, nos mantenía en vilo por si el equilibrista caía a la red. Pero si alguna vez desmayaron sus palabras fue en una lona entre el aplauso de los que disfrutábamos de esa brecha en la ceja por donde brotaba sangre, sudor y melancolía. Nadie puede imitarlo sin parecer un payaso que confunde a Gómez de la Serna con

Marcel Duchamp. Como si en vez de Alvite contara un chiste Eugenio, una cortina de humo. Su ataúd pesa menos

«Ignoró todas las reglas sobre cómo debe ser un artículo»

que la biblioteca de un paleto porque sus artículos soltaron todo ese lastre cultural con el que se visten los reyes de la columna. Aun así, lo contradigo y parafraseo a Paul Valéry, que es el que tengo a mano en la mesa: el viento se levanta, hay que escribir.

Cultura

Qué decir de alguien con el que no bebí

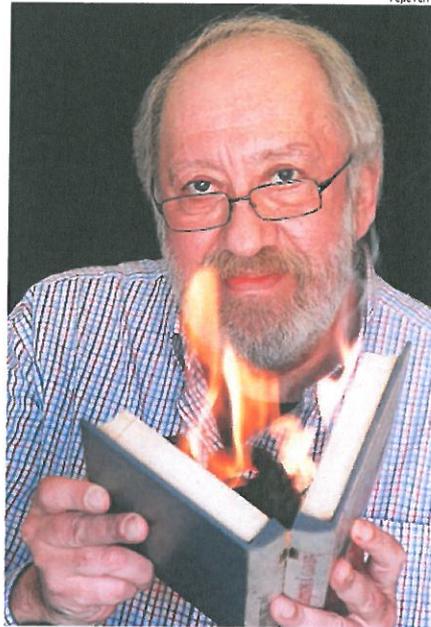


Jesús Amilibia

Sólo conocí a Alvite por lo que escribía, y eso es mucho o es poco, según se mire: los que nos ganamos la vida juntando palabras tenemos la curiosa tendencia a ocultarnos tras el estilo como los políticos se esconden en el humo de sus promesas. Me pidió un epílogo para «Lilas en un prado negro» (Ézaro), lo escribí, dije en la presentación del libro que para mí era un honor casi erótico rozar mis líneas con las suyas, esencialmente porque a mí me gustan mucho los escritores que escriben contra sí mismos, y él había llegado tan a fondo en el desprestigio de su personaje (y si no llegó a más fue por desidia) y en la maceración de sus más tristes y crueles momentos (reales o ficticios) que a veces, después de leer una de sus columnas, me entraban ganas de coger el tren y largarme a Santiago a beber con él unos cuantos gin-tonics, en silencio, naturalmente. Es muy difícil escribir de alguien con

el que no se ha bebido. La única vez que nos vimos, después de la presentación de su libro en la Asociación de la Prensa, caímos en una terraza de la calle Velázquez, él pidió una infusión y yo un vino blanco y tuve la impresión de que quería irse nada más sentarse, como si le urgiera olvidarse cuanto antes de los aplausos y las lisonjas del personal, de los abrazos de terciopelo de las fans, de la pequeña gloria de aquella tarde. Él prefería las derrotas. Me hubiera gustado decirle que, sin conocerlo, le consideraba un miembro muy querido de la familia bohemia, canalla y talentosa que uno elige para andar un poco menos cojo por la vida. No se lo dije por miedo a parecerle sentimental y, por tanto, indigno de compartir con él un rincón oscuro en la barra del Savoy. Se fue enseguida, efectivamente, y yo me quedé con las ganas de reventar la noche de Madrid cogido de su brazo, aun a costa de dejar mi maltrecho hígado en el intento.

Así no se pueden escribir unas buenas líneas de nadie. Así que imagino que Alvite fue muchas cosas y sus contrarios: niebla y luz,



Pepe Ferrín

«Me levantaré cada mañana con la esperanza de que la muerte siga dormida», escribió en su Twitter

descalabro y verticalidad, ruina y arquitectura, pesimismo radical y alegrías muy disfrazadas de inapetencias, escepticismo esplendoroso y, a veces, una chispa de esperanza disimulada entre las manchas de una gabardina muy usada o en la sábana manchada de semen después de una noche desatada con la chica de la maleta en la puerta. La melancolía envuelta en una sonrisa cínica de un mundo propio y poco accesible en el que

sólo se hacía sombra él mismo. En fin, un tipo que escribía brillantes y sorprendentes frases como latigazos, frías como un cuchillo de hielo mojado en un dry martini,

en servilletas de papel, en posavasos, sentado al fondo de la barra de un bar solitario, haciendo méritos para un cuadro de Edward Hopper y maldiciendo siempre la fugacidad de la noche, vengándose de las vidas que no había vivido e incluso de las que sí había vivido.

Qué vas a esperar de un tipo que una noche escribió que de la muerte sólo le preocupaba si podría aguantar mucho tiempo en la misma postura.

La madera, una apuesta de calidad para decorar la habitación de los más pequeños

La empresa Ahora Dosity2 se encuentra en pleno proceso de expansión para implantarse en toda España

Tras una trayectoria de 15 años en el sector del mueble, la empresa Ahora Dosity2 dio un giro para dedicarse al sector de la puericultura; sector en el que han encontrado una oportunidad para desarrollar su creatividad, en el que se sienten identificados y muy bien acogidos.

La base con la que trabajan sus productos es la madera y la utilizan para crear letras, nombres, palabras que forman frases divertidas, perchas, portafotos y juguetes, entre otros productos. La calidad y la atención a sus clientes son sus principales señas de identidad: "Trabajamos en crear nuevos productos

y también en nuestra web para darlos a conocer e informar a los consumidores sobre las tiendas más cercanas donde encontrarlos", nos explica Juan Carlos Rojas, gerente de la empresa. Debido al éxito que están teniendo, Ahora Dosity2 se encuentra en proceso de expansión con el fin de implantarse de forma sólida en todo el país.

Crear un espacio único

Ahora Dosity2 ofrece un producto de calidad y personalizado que podrán encontrar en las tiendas especializadas del sector de la pue-

ricultura. Crean artículos pensados para hacer de la habitación de los más pequeños un lugar único. Decorar la habitación del bebé es motivo de ilusión y en especial que su nombre forme parte de la decoración la hace única.

La apuesta por la maquinaria de nueva tecnología, el equipo de carpinteros expertos que forma su plantilla, el impulso de la segunda generación, la asistencia a ferias especializadas, el acierto en sus productos y la incorporación de nuevos representantes, son aspectos que les han permitido crecer en estos tiempos y conseguir afianzarse en todo el mercado nacional; además, contemplan la posibilidad de continuar creciendo en otros países como Italia y Portugal, donde ya han empezado a trabajar a través de distribuidores.



REMITIDO

dosity2 bebé

www.dosity2.com



GLORIA PARA OLVIDADOS.

Al renegó que le pusieran nombre a un cóctel en su memoria, como al dramaturgo Alan Bennett le dedicaron una tortilla en el Savoy de Londres, la tortilla Bennett.



Manuel Calderón

El día que Al desapareció

Al solía ocupar siempre el mismo sitio en la barra, entre la escalera que descendía a los lavabos y un espejo que el tiempo y el humo habían ido oscureciendo hasta dejarlo como el ala de una mosca, lo que le permitía tener una visión exacta de lo que sucedía a su alrededor sin ni siquiera mover la cabeza, actitud necesaria para quien aspira al más alto nivel de escepticismo, incluso sin levantar los ojos del fondo del vaso. El fondo del vaso es la sima de un océano en el que los únicos que flotan son los que no saben nadar. Es un misterio y Al lo conocía, pero nunca nos explicó cómo era posible que alguien que sólo quería creer en que a un hombre le correspondía al final de su vida un adjetivo, uno solo, justo y sin perfume, pudo sobrevivir estando tan cerca de los servicios públicos del Savoy. Para flotar lo mejor es no hacer nada, incluso hacerse el muerto, parece que dijo en una ocasión.

Sobre el escepticismo de Al corría una teoría que él ni confirmó ni negó, claro está: creer le obligaba a dar ejemplo y él no se veía en condiciones de ser un modelo para nadie. Su mayor heroicidad, cuentan, fue devolver una billetera en una comisaría de policía. Pero ni por esas: estaba vacía. Sin embargo en la cartera había una fotografía y esa fotografía era de una mujer

y esa mujer era la mujer más bella que había visto en su vida... Al nunca nos contó el final. En realidad, si se repasan sus artículos no hay principio ni final: es como cuando se pone la radio y escuchamos una canción ya empezada. Dar ejemplo es complicado porque hay que cumplir lo que se dice hasta el extremo de mentir y dudo que Al supiese mentir; digamos que alardeaba de logros imposibles, pero eso nos pasa a todos desde el día en que nos ponen en la tierra. Su evidente torpeza para no decir lo que no se piensa tal vez explique que nunca se pronunciase sobre el cultivo transgénico, la eutanasia y ni siquiera sobre la esclavitud infantil. Poco podría hacer él por evitar que el hombre eligiese siempre el camino inadecuado, que insistiese tercamente en su perdición. Dentro de sus posibilidades, Al sólo podía evitar no tomarlo, ni aunque le chantajearan con ponerle el nombre a un cóctel en su memoria: en el Savoy siempre cedió el asiento a los más cansados, aunque en su contra hay que decir que sólo pagaba copas para saber qué pensaban los que habían decidido dar la espalda a este mundo. Buscaba el equilibrio entre el deseo y la realidad, que dicho así parece que es poca cosa, pero que si uno decide pasar la vida en la Biblioteca Nacional junto a Lorraine Webster, con aquellas gafas de mariposa

en la puntita de la nariz dispuesta a leer el «Ulises» de Joyce—antes de que su cuerpo apareciese en el Shorts preparada para la eternidad—, encontraría miles de ejemplos de que confundimos la falta de apetito con el hambre en el mundo. De nuevo los sueños y la maldita verdad. Al no se creía ni sus propias dudas, por si desdecirse fuese la coartada de un cobarde. Creía en

«Sobre su escepticismo corría una teoría: creer le obligaba a dar ejemplo y él no quería ser un modelo»

«París ya no era una fiesta y el mundo, la última estación antes de la tierra prometida por un pelotón de abstemios»

el clima, es decir, en que el cuerpo estuviese siempre a tono con el exterior, en que el mundo no fuera un lugar inclemente, en que sólo pasasen frío los que buscan la «muerte dulce» viajando en trineo, en que todo fuera como en el Savoy: amistad, lealtad, delitos y faltas. En una ocasión le preguntó—en realidad le tiró de la lengua— a John F. Kennedy, antes de que acabasen con él: «El eterno equilibrio entre la inteligencia y los instintos, entre la biblioteca y la barba-coa...». JFK pronunció entonces una célebre frase que nadie ha valorado en su justa medida: «Eso es». Eso es, así es la vida. No hay que elegir, la vida ya se ocupará si cumplimos las normas básicas—devolviendo una cartera perdida, dándole de beber al sediento, cerrando los ojos de la bella Lorraine—, de ponernos en el buen camino.

Si Montaigne escribió sus «Ensayos» encerrado en un torreón y tomando vino a media tarde, Al escribió sus «Almas del nueve largo» desde el Savoy, una tierra llena de justicia, donde se sabía en qué lado de la barra estaba el bien y en qué lado el mal. El día que Al desapareció, París ya no era una fiesta y el mundo se había convertido en la última estación antes de la tierra prometida por un pelotón de locos abstemios.